

Novela Popular Cinematográfica

Año II
Núm. 44

LA MUCHACHA
QUE YO AMABA



25 cénts.

Protagonista
Charles Ray

Revista Semanal

LA MUCHACHA QUE YO AMABA

Argumento, en forma de novela, de la película así titulada. Exclusiva de «Los artistas asociados» : Rambla de Cataluña, 62.

PROTAGONISTA : CHARLES RAY

I

Allá en un rincón aldeano, perdido en el Estado de Indiana, un día de mediados del pasado siglo, la señora Middleton, mujer adornada de muchas virtudes, esperaba la llegada de una sobrina, que venía desde una ciudad lejana, y que había quedado completamente huérfana por la muerte de su padre.

Por unos vecinos de la señora Middleton, murmuradores, nos enteramos del objeto del viaje de aquella muchacha, aun desconocida.

En efecto, decía uno de aquellos desconocidos :

—¡ Recoger a una niña a quien no conoce, es extraordinaria locura ! Haría mucho mejor en educar convenientemente a su hijo !

La señora Middleton recogía, pues, a la huérfana. Obra meritoria. Sin embargo, la censuraban. Por la censura, tenemos también conocimiento de que tiene un hijo.

Ciertamente, tenía un hijo, un zagalán travieso y juguetón, montaraz y un poco primitivo, simpáticamente salvaje, en fin. Un muchacho lleno de ímpetu, huraño, que corría, en aquellos momentos, jugando con los animales, por los alrededores de la casa.

Este muchacho, protagonista de esta obra, no se había dejado, ello es verdad, educar. Tampoco, no obstante su destreza y su fuerza, solía trabajar. Le agradaba más hacer vida libre, correr, saltar, diablur, perseguir a un ave o a un cuadrúpedo. Era ya lo hemos dicho, un ser primitivo.

Su madre, asomándose a una ventana de la casa y dirigiéndose a uno de sus trabajadores que se hallaba aserrando unos maderos, gritó:

—Hiram, ¿dónde está mi Juanito?

—No lo he visto, señora—contestó el trabajador.

—Haz el favor de buscarle y decirle que venga a vestirse convenientemente para recibir a su prima.

Juanito, que oyó desde donde se hallaba estas palabras de su madre, corrió a esconderse tras de una cerca de maderas. Pero el trabajador le vió y le siguió hasta allí, diciéndole:

—¿No has oído que tu madre te llamaba?

—Sí. Pero no quiero ir. Estoy mejor aquí.

Y se revolcaba en el suelo, poniendo los pies en alto, gozoso de su libertad de movimientos.

—No seas así, muchacho—agregó el trabajador.—El señor Pastor estará aquí dentro de algunos instantes con tu nueva hermanita.

—Yo no quiero hermanas... Estoy muy bien solo...

—Sin embargo, yo lo verás, estarás muy contento de tener una compañera que juegue contigo.

—No, no estaré contento.

El trabajador, viendo que eran inútiles sus palabras, se alejó del joven huraño.

Y al volver a su trabajo, que realizaba en la puerta de la casa, la madre de Juanito, que salía, le dijo:

—Ya se oye el ruido del coche. Llegará de un momento a otro... ¡En fin, voy a tener una hija! ¡Con tal de que sea bella y de que me ame, estaré satisfecha...!

El coche, asomando en una revuelta del camino, puso fin a sus palabras. Salió afuera para recibir a los que llegaban. El pastor, bajando antes del coche y adelantándose, dijo a la señora Middleton:

—La muchacha, ya lo veréis, señora, es muy tímida...

Corrió la señora a abrazar a su sobrina, que ya se acercaba aunque con pasos muy lentos. María, que así se llamaba la muchacha, era, en efecto, una adolescente tan tímida como bella. Sin decir ni una palabra, abrazó y besó a su tía, que tuvo para ella un recibimiento tan atento como cariñoso.

Luego, todos entraron en el patizuelo que había ante la puerta de la casa, y ya allí, la señora Middleton, cogiendo un arbolillo pequeño, traído al efecto de un plantel vecino, dijo:

—Señor pastor, presida usted esta ceremonia. ¡Se va a plantar un árbol para conmemorar la llegada de María a compartir con nosotros esta vivienda!...

Se hizo lo que la señora indicaba. La propia María, con una pala, puso alguna tierra en torno al árbol recién plantado.

Desde una esquina de la casa, en donde estaba oculto, Juanito no podía reprimir sus recelos, mezclados con un poco de ingenua curiosidad ante la recién llegada. La miraba fijamente y, cuando creía que podían verle, volvía la espalda con indiferencia, como si nada supiera de lo que sucedía en torno suyo. Al fin, acabó por subirse a una ventana, en cuyo pretil se sentó, desde donde podía verlo todo y suponía que nadie le vería a él.

De súbito, se desencadenó un ciclón. Y todos los vecinos que habían acudido a saludar a la recién llegada, y el propio pastor, creyendo que aquello acabaría en tormenta, se apresuraron a partir.

Quedaron, pues, solos, la señora Middleton, su sobrina, Juanito, metido en su escondite, y el trabajador, que volvió a reanudar su tarea.

Las dos mujeres permanecían aún en la puerta, viendo alejarse a cuantos habían estado allí poco antes. Y Juanito, que desde donde estaba no las veía, creyendo que habían entrado en la casa, hizo su aparición. Y al ver que se había equivocado, trató de disimular su indecisión cogiéndose a un árbol y volviendo la espalda. Al fin, viendo que ni aun así lograba serenarse, empezó a hacer gestos de burla, como un chiquillo, a su prima. A la cual, aquello le pareció divertido. Su madre, dándose cuenta de su presencia, exclamó:

—¿De dónde sales tú?

—He estado dando una vuelta por el campo, mamá.

—Bueno. ¿No te da vergüenza presentarte así ante tu prima, con las ropas deshechas y descalzo?

En efecto, el traje que llevaba Juanito no podía

estar más estropeado. Ello se explica perfectamente, dada la vida que llevaba.

Nada contestó a la observación de su madre. En verdad, no sabía qué contestar.

Su madre agregó:

—Ven a ver a nuestra pequeña María.

—¡No, no quiero verla!

Se acercó su madre a él y le dijo en voz baja:

—No seas así, hombre. Sé amable con ella, que la pobrecilla no tiene padre ni madre...

Dicho esto, la buena mujer se separó otra vez de él, y dijo en voz alta:

—Juan, ve aquí a María, tu nueva hermanita.

E hizo que la joven se acercara a su primo, como si sus palabras fueran las primeras que había dicho, a manera de presentación. Y viendo que ni aun así lograba que Juanito hablara, le dijo al oído:

—Bueno... ¡Pero dile alguna cosa!

—¿Cómo están tus padres?—preguntó al fin, con gran esfuerzo, Juanito.

Su madre, con un gesto desesperado, exclamó:

—¡Ya te he dicho antes que no tiene padres!

María, con la vista fija en el suelo, callaba.

Juanito, que no podía verle la cara, oculta tras de un sombrero raro, muy de moda entonces, miraba a todas partes como buscando un pretexto para huir.

Su madre le dijo:

—¡Ahora, dale un beso a tu hermanita!

Y se alejó en seguida, para que se besaran a solas, sin el escrúpulo que pudiera significar su presencia. Pero Juanito la siguió y, al alcanzarla, le dijo en tono de ruego:

—¡Si no me pides que la bese, mamá, te cortaré mucha leña y trabajaré muchísimo!

—No, has de besarla. ¡Es tu nueva hermana!

Has de besarla, y jugar con ella, y hacerle la estancia aquí agradable, y procurar que no eche muy de menos a sus padres, y rodearla de atenciones para que no se sienta muy desgraciada.

Ante estas razones, Juanito hubo, sin remedio, de besar a su prima. Lo cual no fué tan fácil como pudiera suponerse. Estorbaba el sombrero de ella. Al fin, metiendo su cabeza dentro de aquel sombrero, besó y fué besado. Luego, su prima le ofreció, atenta, una florecilla campestre que tenía en su mano.

Juanito, rechazando aquella oferta delicada, dijo:

—¡No me gustan las flores!

María le miró sorprendida.

Y él añadió:

—Ni las muchachas, tampoco me gustan... ¡Yo no quiero a nadie!

María, que no daba a las palabras del joven su sentido literal, estaba, no obstante su timidez, encantada de oírle. Aunque era una adolescente ingenua, el espectáculo de aquel joven instintivo, huraño, franco, le agradaba. Y empezó a mover su cuerpo con ese movimiento de coquetería, en vaivén, que tan deliciosas hace a las muchachas en la edad de la pubertad. Y Juanito, en su ingenuidad rústica, interpretando literalmente aquel movimiento de María, le preguntó:

—¿Es que quieres mecerte?

—Sí—contestó ella, viendo que al fin su primo le hablaba en tono natural.

Juanito la llevó a un columpio, hecho por él: dos cuerdas pendientes de un árbol y un trozo de madera abajo, a modo de asiento. Cuando ya la joven iba a sentarse, Juanito se separó de ella corriendo y fué hasta una planta, con flores, cer-

cana, de donde volvió en seguida, para decir a su prima:

—¿Tienes un alfiler?

—Sí. Toma.

Volvió, con esta pequeña arma, a alejarse; ella le siguió para ver lo que trataba de hacer y, al ver que intentaba cazar una mariposa, atravesándola con el alfiler, María protestó:

—No hagas daño a esa pobre mariposa.

—¿Por qué he de dejarla? ¿Acaso tú no tendrías valor para pincharla con un alfiler sobre un cartón?

—Claro que no tendría valor para atormentar así a una cosa tan delicada como una mariposa.

—¡Razonas como una muchacha!

Y dichas estas palabras, se alejó, como ofendido, con un gesto fiero en su cara simpática y curtida por el sol.

Su prima, desde alguna distancia, le siguió. Le atraía aquel muchacho tan montaraz, de juegos tan extravagantes y de palabras tan breves, tan sentenciosas y tan rudamente francas.

Juanito, al alejarse, fué hacia donde aserraba unos maderos el trabajador de que ya hemos hablado. El cual, al ver llegar al zagalán, le dijo, como para saber de qué manera había recibido a la forastera:

—¡Muy bien, Juanito! Tendrás que volverte más formal y más trabajador. ¡Ahora ya tienes una hermana!

—Sí. ¡Ella me quiere! ¡Yo... yo la quiero!

En esto, llegó María hasta junto adonde ellos estaban y oyó las últimas frases de él, que la hicieron sonreír gozosa. Y él, viéndola llegar, le dijo:

—Espera, voy a enseñarte un nuevo juego muy divertido.

Y llevó a la joven junto a una zarzamora de la cual habían recogido la fruta, y ésta se hallaba en una plata que estaba sobre un banco. Comió Juanito gran cantidad de moras, e hizo también que las comiera María. Luego, poniéndole un gran puñado en las manos, le dijo:

—Cierra los ojos.

Obedeció ella, le apretó él las manos e hizo que toda la fruta se deshiciere; parecía así que las manos de la joven hubieran sido pintadas con betún. Hecho esto, Juanito exclamó, como asombrado, y mirándola fijamente:

—¿Qué tienes en la cara?

María, claro está, se llevó las manos a la cara, que también se tornó negra. Rió ruidosamente Juanito y se alejó corriendo hasta una fuente rústica, desde donde llamó a María:

—Ven a lavarte.

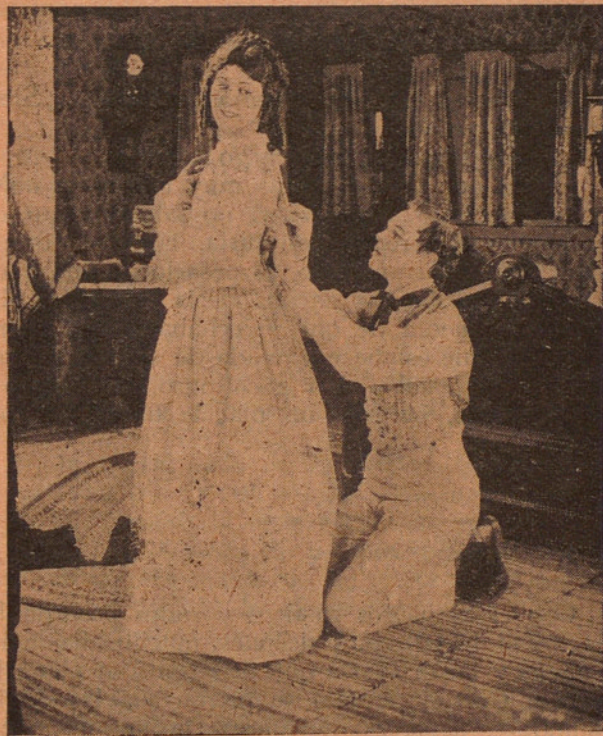
Fué la joven, comenzó él, con sus propias manos, a lavarle la cara, riendo, travieso y lleno de alegría natural y franca, henchido de vitalidad.

Pero antes de que la cara de María estuviese completamente limpia, alguna otra cosa llamó la atención de Juanito, que corrió, saltando, hacia donde estaba lo que había despertado su curiosidad: era un barco que pasaba por la lejanía.

Poco después, con motivo de ver a una gata que estaba trasladando a sus hijos de un lugar a otro, en cuya tarea la sorprendió Juanito, se reunieron nuevamente los dos jóvenes y la madre de él. La cual, al ver algunas manchas negras que aun quedaban en el agraciado rostro de María, preguntó de qué eran. La joven, indecisa, contestó:

—Juanito...

—Entendido—repuso la señora Middleton. Y añadió, dirigiéndose a su hijo:



—¿No comprendes que esos juegos son muy feos? ¡A las muchachas se las debe tratar con firmeza!

Juanito, sin contestar a su madre, cogió a su prima por un brazo, pero ya con cierta delicadeza,

y la llevó hasta un pequeño lago próximo, en donde la hizo subir a una vieja barca en la que subió él también. Y ya sentados en la barca, el joven preguntó:

—¿Cuánto tiempo vas a estar aún entre nosotros?

—¿Cómo? He venido para quedarme. ¡Siempre estaré ya aquí!

—¡Siempre... es muy largo!

—¿Es que te encuentras muy mal a mi lado?

Juanito bajó la cabeza y, no sabiendo qué decir, comenzó a remar con furia, lago adentro; y como sólo tenía un remo, al pasarlo de una mano a otra lo pasaba por encima de la cabeza de ella, sin darse cuenta de que le echaba el agua encima. Ella, que estaba encantada de cuanto le sucedía, no protestaba. Un goce puro, de campo y de aire libre, en sólo un día, la había transformado.

* * *

Con estos juegos rústicos y rudos pasaron los jóvenes el día entero. Y después, muchos días más; y meses y años. Hasta que llegaron a la plena juventud. Con el tiempo, se fueron suavizando las montaraces asperezas de nuestro protagonista, que se tornó un muchacho sociable, formal, serio. Llegó a preocuparse de su vestido, se ponía zapatos, trabajaba, pensaba, quería a su prima, o mejor, la adoraba, teniendo para ella atenciones y cuidados realmente extraordinarios. En los ratos que él no tenía una ocupación urgente, salían de paseo por el campo, charlaban, reían, como dos verda-

deros hermanos. Ella también, al pasar de la adolescencia, se había transformado en una joven bellísima, llena de encantos, seductora.

Un luminoso y apacible día de verano, a poco de haber salido los dos, a uno de sus acostumbrados paseos, encontraron en el camino al pastor, que iba, como de costumbre, a visitar, de finca en finca, a sus fieles. Al ver a los dos jóvenes se detuvo y saludó:

—¡Buenos días, María! ¡Pero si ya eres una mujer hecha y derecha! ¡Pronto vas a estar en edad de casarte!

Ruborizóse la joven y se alejó hacia la casa. Entonces el pastor dijo a Juan:

—¡Será una linda y perfecta ama de casa, Juan!

Dicho esto, como iba de prisa, el pastor se despidió.

Juan quedó solo en el camino, desde donde miraba, de vez en vez, a María, que aun no estaba lejos. Las palabras dichas en tono profético por el pastor, le llenaron de preocupación, haciéndole vislumbrar, respecto a María, un porvenir de venturosos horizontes. Se dispuso a ir en busca de ella para decirle lo que había pensado. Pero, en seguida, advirtió que no sabría decirle nada. Acabó de comprender que estaba enamorado, pero de tal modo, que no acertaría a decir palabra. Saltó una empalizada para ir en busca de María por camino más corto; tornó a saltarla de vuelta, indeciso, sin saber qué hacer. Miró a la joven durante un rato; luego volvió la vista a otro sitio. Daba un paso hacia ella y, un momento después, retrocedía. Inquieto, sintiendo en todo él algo como un fuego luminoso, estuvo así mucho tiempo. Una gran pena y una gran alegría se reflejaban en su

rostro. Presentía el gran misterio de la felicidad en compañía de una mujer amada.

Había despertado, en fin, en su pecho, un amor que empezó a nacer el propio día que la joven llegó a aquél apartado rincón del mundo.

II

Días después se celebraba en todo el contorno la fiesta de la recolección. El sitio destinado para ella, de siempre, era un caserío situado como en el centro de cuantos formaban la pequeña comarca, y allí acudían todas las familias, especialmente los jóvenes de ambos sexos.

El único armonium que había en la comarca lo tenía Juanito, que lo llevó, gozoso, para la fiesta a la que fué acompañado por su madre y por María.

En la fiesta, todos rodeaban a Guillermo Brown, un joven atento, educado, muy popular entre sus convécinos, entre los cuales gozaba de generales simpatías por su extraordinario don de gentes.

Antes de empezar la fiesta, que se celebraba en plena calle, y cuando ya el armonium había sido colocado en una altura conveniente, en el piso de la casa de madera, abierto allí del todo, uno de los viejos que hacía como de director, exclamó:

—Muchachos, desnudad las espigas, buscad el dorado grano y escoged después a la moza de vuestras preferencias.

Esto era algo así como un rito. Todos los mozos se sentaron en fila, en un banco improvisado, frente al cual se hallaban unas canaastas llenas de espigas. A medida que cada uno fuera terminando

de desnudar las espigas, iría escogiendo moza para el baile. El que acabara más pronto, por lo tanto tenía más donde escoger. Al hacerlo, no había de pronunciar palabra; un beso, en la frente o en el rostro, era la prueba de preferencia otorgada.

A Guillermo Brown le sedujeron, desde que la vió, los encantos y la candorosa sencillez de la bella María. Y habiendo terminado, uno de los primeros, de desnudar las espigas, se dirigió a ella, que tanto le había interesado y, dándole un beso en la frente, la escogió, entre todas, para formar la pareja con él, en el baile. Juan, preocupado por acabar pronto su tarea, no se dió cuenta de que María ya había sido escogida por otro. Y al acabar, se encontró con esta desagradable sorpresa. Tuvo, pues, que dirigirse a otra joven, alta y rubia, a la cual le pareció Juan un buen mozo y hasta un excelente partido. Por esto, aquella joven tuvo para Juan atenciones sutiles, de una delicadeza tierna y encantadora. Pero Juan no podía darse cuenta de ello: le habían arrebatado a su María; estaba triste, apenado; y aunque se esforzaba por ser amable con la moza que se vió forzado a escoger, no lo lograba. Su tristeza era más profunda que sus buenos deseos.

Entretanto, Guillermo había llevado a María a un apartado rincón del jardín que rodeaba a la casa, un bello jardín rústico y silvestre, más encantador, mil veces, que los jardines cuidados. Estaban rodeados de plantas trepadoras y de árboles centenarios y por entre las tupidas ramas de éstos, llegaba hasta ellos, cernida, la blanca luz de la luna. Allí, Guillermo, que sabía atraerse los corazones femeninos, deslizó en los oídos de María apasionados y poéticos madrigales de amor. Acabaron besándose, enamorados, y con un compro-

miso formal de sostener, en lo sucesivo, relaciones encaminadas a un futuro matrimonio.

Poco después, las parejas bailaban, acariciadas por la luna que les miraba desde arriba, recibiendo el aire libre de la noche estival, y olvidados por completo de los duros trabajos campestres.

En el descanso del primer baile, Juan logró acercarse a María, a la que preguntó:

—¿Eres feliz, María?

—Mucho—contestó la joven, pensando en que ya tenía novio.—¡Muy feliz, Juan!

El, mirándola con pasión, añadió:

—¡Tengo que decirte algo después de este baile!

—Y yo te escucharé complacida.

Juan, innecesario decirlo, tenía que hablar de su amor. ¡Bien ajeno estaba el infortunado de la desgracia que, para su amor, había sucedido!

En esto, llegó, de un caserío cercano, corriendo, un hombre. Y dijo, en cuanto estuvo al lado de sus conocidos:

—¡Yo soy padre, padre de dos gemelos! ¡De dos gemelos, sí! Vengo en busca de la señora Middleton, que es la única, en todo este contorno, que entiende esas cosas. Mi mujer reclama sus servicios.

La señora Middleton se dispuso a acompañar a aquel hombre para ir a cuidar a su mujer. Llamó, antes de partir a su hijo, y le dijo:

—Es tiempo ya de que María vuelva a la casa. Yo voy a cuidar a esa señora y estaré de regreso mañana al mediodía.

María quiso bailar otra vez. Guillermo, que no se separaba de ella, la cogió y la llevó, bailando, adonde las otras parejas danzaban. Juan, de mal-humor por todo esto, fué a preparar su carricoche.

Y volvió poco después, reclamando, por su malhumor, el armonium. Le rogaron que lo dejara. El insistió en llevárselo. Intervino María:

—¡Déjalo, Juan! Guillermo ofrece llevarlo mañana en su carreta.

Lo dejó, por este ruego, y partió, en unión de María, hacia su casa. Durante todo el camino, no dijo ni una palabra. Tan apenado estaba. Ya cerca del hogar, en una revuelta de la carretera, poetizada por la sombra de unos árboles que la luna, linterna mágica, proyectaba, hizo parar a los caballos y mirando a María con una mirada henchida de amor, dijo:

—¡María, tengo que confiante un secreto!

Al fin se iba a decidirse a hablar de su grande amor. Pero la joven, mirándole también con cariño, contestó:

—Yo también quiero hablarte, Juan.

Y como él no contestara nada, añadió ella:

—Comenzaré yo por hablarte la primera. ¿Quieres?

—Sí. Bien. Habla.

—¡Juan, hermano mío, soy novia de Guillermo Brown!

Al decir esto, la joven volvió el rostro para que Juan no viera cómo se ruborizaba. Por este movimiento, ella no pudo ver cómo Juan bajó la cabeza, después de un momento de dolor infinito, y cómo, poco después, las lágrimas salían de sus ojos y corrían por su cara a raudales, quemándole las mejillas no obstante lo curtidas que las tenía por la acción del aire y del sol.

Como Juan no le contestó—¿cómo iba a contestarle el pobre, transido como estaba de angustia?—ella supuso que no estaba contento de lo que ella había dicho y no se atrevía a volver el

rostro hacia él y mirarle. Por esto, él lloró largo rato sin ser visto.

De súbito, de unas nubes que habían aparecido poco antes, salió un relámpago fulminante seguido de un trueno horrisono y pavoroso. Los caballos



se aterrorizaron y emprendieron veloz carrera, espantados y desbocados, carretera adelante. Juan, reponiéndose, intentó sujetarlos. Mas todo era inútil. Seguían los truenos, y los caballos, por esto, cada vez corrían más, como huyendo de un peligro inminente. Juan, viendo a María pálida y asustada, asustado también él, como seguro del peligro que ambos corrían de seguir aquella loca

carrera de los caballos, y viendo que eran inútiles todos sus esfuerzos para sujetarlos, intentó, a tiempo que sostenía las bridas, ir hacia adelante, por la lanza del carricoche, para ver si poniéndose junto a la cabeza de los animales lograba apaciguarlos. Cuando ya creía que iba a realizar este propósito, se oyó un trueno más horrendo que todos los anteriores; los caballos dieron un salto terrible, y Juan cayó al suelo, a los pies de los animales y las ruedas del carruaje le pasaron por encima, dejándole inerte y sin ánimos para moverse, lo que tampoco habría podido hacer, pues una de sus piernas había quedado destrozada. María, al ver lo ocurrido, dió un grito. Poco después, en una revuelta, fué lanzada del carricoche. Cayó en un herbozal y no se hizo gran daño. Con grandes fatigas, volvió al sitio donde había caído Juan, el cual había perdido el conocimiento.

Un labrador que volvía, poco más tarde, de la fiesta, los recogió y los llevó a su casa.

* * *

Algún tiempo después de este accidente, que puso en grave peligro la vida de Juan, cuando ya éste empezó a mejorar, se percató de que las relaciones amorosas de María y Guillermo se habían formalizado, y que aquél venía, cada día, a visitar a la muchacha que él amaba. Por esto, con asombro de todos, que no sabían la causa íntima de su cambio, Juan perdió todo su buen humor de otro tiempo. Siempre, ahora, estaba serio, grave, triste. Como aun no podía valerse de la pierna que le fué destrozada, le ayudaban a andar, bien su

madre o bien María, que le besaba de continuo, como se besa a un hermano. Y aquellos besos tenían la virtud de ponerle aún más triste.

Un día, hallándose los tres sentados junto a la chimenea, María, con una sonrisa en los labios, se levantó y fué hacia una ventana que abrió para mirar a la lejanía.

La señora Middleton dijo:

—¡Es extraño! ¡María oye antes que nadie las campanillas del carruaje de Guillermo!

Juan hizo un gesto de dolor, como si lo atormentaran. Su madre agregó:

—Juan, yo quisiera ver que te casabas con una muchacha como María.

Nuevo gesto doloroso se pintó en el rostro del desgraciado joven, que volvió la cara para limpiarse una lágrima.

En esto llegó Guillermo, que saludó a Juan con amabilidad y cariño.

Le traía una muleta que, el día antes, estando de paseo con María, la joven había fabricado rústicamente, y había querido que fuese su amado quien, al día siguiente, la entregara. En la muleta, grabado con una navaja, había el siguiente letrero: «*A mi hermano Juan.*»

Juan cogió la muleta y la abandonó, con indiferencia, lejos de él.

María se apartó para hablar con su prometido. La señora Middleton se fué a sus quehaceres. Juan, con la vista fija en el suelo, meditaba en su tremendo infortunio amoroso.

Al día siguiente, estando solos María y Juan, ella recibió una carta. Era del pastor, al que María había escrito comunicándole su próximo casamiento. Cuando la hubo leído, como tuviera que salir, la entregó a Juan, diciéndole:

—Quiero que enseñes esta carta a nuestra madre.

Y salió.

Solo ya Juan, con la carta en sus manos, la entreabrió y leyó su final, que decía: «...pero yo podré bendecir vuestra unión, porque estaré de vuelta en nuestro querido pueblo muy en breve. Vuestro pastor, Andrés Rathburn.»

Juan, torturado, apretó aquella carta entre sus manos, tal que si hubiera sido un enemigo mortal, y lloraba, con desconsuelo, con una pena angustiosa y extenuante.

Días después, ya completamente restablecido del mal en la pierna, podía andar sin que nadie le ayudara. Pero estaba, por otra parte, más decaído que nunca. Era que las torturas morales que sufría iban aumentando de día en día y a medida que se iba aproximando la fecha del casamiento de María. Todos se daban cuenta de su tristeza, pero nadie sabía cuál era la causa de ella. Procuraban, tanto su madre como María, y asimismo Guillermo, en sus visitas, dirigirle frases de cariño, de consideración, amables y afectuosas. El, mirando vagamente los objetos que le rodeaban, parecía no oírlos.

El día que Guillermo había de llegar para señalar la fecha fija del enlace, María andaba de aquí para allá, por toda la casa, como fuera de sí.

La señora Middleton, como riñéndola, la dijo:

—Lo mejor que puedes hacer es poner la mesa. Guillermo está al llegar. Y si todo no está preparado, pensará que eres una mala dueña de casa.

Sonrió María comprendiendo el verdadero sentido de aquellas palabras y comenzó a poner la mesa. En el plato destinado a Guillermo, debajo

de la servilleta, dejó un pequeño trozo de papel escrito.

Y cuando ya hubo dispuesto todo lo necesario, mientras la madre de Juan se hallaba en la cocina, ella se fué a la ventana para ver llegar a Guillermo.

Juan, pues, quedó solo. Se levantó de su asiento, fué al plato en que María había colocado el papel, y lo leyó. Sólo decía: «Querido Guillermo, te amo.» Volvió a poner el papel como estaba antes y tornó a su asiento, transido de pena, pronto a irrumpir en llanto, como un niño, o mejor, como un hombre enamorado.

En efecto, volvió María y, al verle tan triste, le preguntó:

—¿Qué te pasa, hermano mío?

—¡No puedo—contestó él no queriendo que se adivinara su tormento,—consolarme del inmenso dolor de perderte!

—No vas a perderme, Juan—repuso ella, besándole;—yo habitaré muy cerca de aquí y tú serás siempre mi hermano querido.

Se oyeron las campanillas del carruaje de Guillermo en la lejanía. María corrió nuevamente a la ventana. Juan bajó la cabeza como si un peso enorme, monstruoso, le hubiera caído encima.

III

Como entre sus dolores físicos y sus torturas morales Juan no podía dormir, solía quedarse dormido, muchas veces, en su butaca de junto a la chimenea, en la cual se hallaba cuando María se fué a la ventana. Al bajar la cabeza vencido por el dolor, como estuviera mucho tiempo en aquella posición, se durmió. Y en seguida, tuvo una horrible pesadilla. La cual fué así:

María, con un libro en la mano, vino a su lado y se puso a leer. Comenzaron un diálogo igual al que hemos transcrito. Y al decir ella que él siempre sería su hermano querido, el contestó:

—¡Yo no soy tu hermano! ¡Yo no quiero ser tu hermano!

Se apartó ella asustada. Y él agregó:

—¡No me ofendas llamándome tu hermano!

Ella se apartó aún más. Entonces, él se levantó y fué hasta dónde ella se había apartado. Y allí, cogiéndola con violencia, la besó, ardorosamente, en la boca, exclamando con voz estremecida de pasión:

—¡Te amo, María, te amo!

Ella le rechazó furiosa y gritó:

—¡No, Juan! Si dices eso, yo te contestaré que te odio! ¡Que te odio, sí!

Diciendo esto, se desprendió de él. El, enton-

ces, se arrodilló en el suelo como pidiendo clemencia para su arrebató. Y ella le apartó con el pie. El, ante esto, se arrastró por el suelo y cogiendo los bajos de sus faldas, empezó a besarlos, a tiempo que decía:

—¡Oh, no serás nunca mía!... ¡Tu amor me ha sido arrebatado villanamente!

Y como ella no le contestara nada, volvió a ponerse en pie y la abrazó con pasión y la besó en la boca una y mil veces. De súbito, se dió cuenta de que María había perdido el conocimiento. La cogió en sus brazos como si fuera un ramo de flores y la llevó a su cama. Ya allí en el lecho, comenzó a mirarla con la vista turbada por su mucho amor. Y al ponerle la mano en la frente como para acariciarla de un modo delicado, notó que aquella frente estaba fría. Se asustó. Puso entonces su mano sobre el corazón de la joven, que no palpitaba.

—¡Muerta!—exclamó y salió de la estancia aterrado.

Y al llevarse la mano a los ojos, como para no ver aquello, despertó.

Se hallaba en su butaca. María, en efecto, estaba a su lado, leyendo. Guillermo no había llegado aún.

—¿Es posible—se preguntó a sí mismo—que esa horrible escena no sea nada más que el alucinante efecto de un sueño?

No había sido, en realidad, otra cosa. Lo comprobó en seguida, y volvió a llevar sus manos a los ojos, ahora despierto, como para desechar aquella terrible pesadilla.

Llegó Guillermo. Las mujeres salieron y los dejaron solos. El amado de María, al ver el papel

que ella había dejado escrito en su plato, exclamó, dirigiéndose a Juan:

—¡Juan, yo soy el más feliz, el más dichoso de los hombres!

Juan, a quien herían estas palabras, no contestó. Guillermo agregó:

—Ella, mi mujer, tendrá el nido más bello de toda la comarca.

Y como Juan tampoco le contestara nada, añadió:

—¡Y cuando pienso que yo soy el primero a quien ha amado y el primero que ha pedido su mano...!

Juan había vuelto a bajar la cabeza como rendido por la pena tan enorme que le atormentaba. Y como estuviera así largo rato, volvió a quedarse dormido y a ser víctima de otra horrorosa pesadilla. Ello fué del siguiente modo:

Volvió a oír las últimas palabras de Guillermo, contento de haber sido el primero en ser amado por María. Y le contestó con un grito:

—¿No ves que me haces enloquecer con tus ridículas presunciones?

Guillermo se quedó mirándole sorprendido. El dió un salto y fué a la chimenea, sobre la que tenía oculta una pistola. La cogió y dijo a su rival:

—¡Eres un cobarde! ¡Me has robado la mujer a quien yo amaba.

Guillermo retrocedió y, tropezando con un sofá que había contra la pared, cayó en él, como si se hubiera sentado. Juan se sentó a su lado.

En efecto, entraron las dos mujeres. Juan, queriendo esconder la pistola, la puso, apuntando, sobre la espalda de Guillermo. Y dijo a éste en voz baja:

—Renuncia al amor de María, aparentando que

es espontánea decisión tuya. Si no lo haces, te mato aquí mismo.

Como de propósito, María se acercó adonde estaban los dos hombres. Y Guillermo le dijo:

—Perdóname, María... pero no puedo casarme contigo...

María, llorando, corrió a ocultarse en sus habitaciones. La señora Middleton se fué con ella para consolarla. Entonces, Guillermo, aprovechando un descuido de Juan, lo tiró al suelo. Le cogió la pistola. Lucharon. Fué una lucha de fieras. Al fin, Juan, vencedor, arrojó a la calle, de un empujón, a su adversario. Hecho esto, volvió a la estancia. Y viendo la pistola en el suelo, la cogió, abrió de nuevo la puerta y disparó sobre el cuerpo de Guillermo, tendido aún allí.

Acudieron las mujeres al ruido de los disparos. Juan, que cerraba en aquel momento la puerta, viéndolas, exclamó:

—¡Ya me he desembarazado para siempre del hombre que se oponía a mi dicha!

Estas palabras produjeron tal terror a las dos mujeres, que Juan retrocedió al ver sus rostros, asustado también él y horrorizado de su obra. De tal modo se horrorizó, que despertó de súbito, como si hubiera recibido un mazazo en la frente.

Al abrir los ojos, comprendió que había sido víctima de otra pesadilla. Guillermo continuaba aún sentado en la mesa, con su sonrisa de felicidad en los labios. Las mujeres andaban de aquí para allá disponiéndolo todo. Y para que acabara de convencerse de que había soñado, como asimismo de que la realidad era muy distinta de lo que ocurría en sus alucinantes pesadillas, entró su madre, a la que dijo Guillermo, mostrando una botella:

—He pensado alegrar un poco el ánimo de Juan trayéndole esta botella de sidra.

En seguida, entró María, con una hermosa manzana en la mano, que entregó a Juan, y dijo:

—Mira, hermano. Esta es la manzana, madurada en nuestro campo, que ha ganado el premio en la exposición agrícola.

Juan, con un gesto indiferente, cogió la manzana. Y como las dos mujeres salieran en aquel momento, se puso en pie y la entregó a Guillermo, diciéndole al mismo tiempo, como para quitarse el remordimiento que le había dejado la pesadilla:

—Guillermo, si alguna vez tuvieses necesidad de un amigo, dispón de mí incondicionalmente.

Le costó un gran esfuerzo decir estas palabras amables y mesuradas, pues no podía, aunque lo intentara, ser amable con el hombre que le robaba a María.

Guillermo le miró agradecido. Juan volvió a sentarse en su butaca, triste y meditabundo.

Poco después, al ponerse, al fin, a comer, la señora Middleton rogó a su hijo:

—Juan, hoy es un día señalado. María se prepara para ser feliz. Quisiera verte más alegre. ¿Dónde está tu buen humor, tu travesura, tu alegría de otros tiempos? ¿Por qué, hijo mío, no nos confiesas los motivos que tengas para estar tan melancólico?

—Ni yo mismo lo sé, madre mía—contestó Juan por decir algo.

—Cuánto sufro de verte así, Juan. Me gustaría ver siquiera una sonrisa en tus labios. Ahora, bendigamos la mesa.

Juan, recordando sus dos horribles pesadillas, se puso en pie y dijo con voz emocionada:

—¡Oh, Señor, libra mi alma de rencores y de

envidias! ¡Apártame de entregarme a pasiones ruines y no permitas que se cobijen en mi mente bajos pensamientos!

Mientras decía estas palabras, su alma, su corazón y su mente estaban invadidas por el dolor más agudo que pueda sufrir un ser humano: el de ver cómo la mujer amada iba a ser para otro, que, por mucho que la amara, no la amaría, de ningún modo, de una manera tan absoluta, tan total como él.

* * *

Pasaron unos meses y llegó otra vez la primavera. Había pasado cerca de un año desde que María era la novia de Guillermo. Cerca de un año en que Juan sufrió las más penosas amarguras, los dolores más crueles, las penas más angustiosas. Se había quedado delgado y pálido, y aunque no le quedó el menor vestigio del accidente sufrido, andaba pausadamente, con la cabeza siempre mirando a tierra, tal que si hubieran pasado sobre él, muchos años. Desde lejos, cualquiera hubiera creído que era un anciano. Tenía los ojos hundidos y rojos, de tanto llorar. Parece mentira que ni su madre ni María adivinaran el motivo de su congoja.

Y llegó el día señalado para la boda. Desde todo el contorno se oía la campana de la capilla, situada en el poblado cercano; sus vibraciones eran como un mensaje de dicha para los que iban a casarse; y eran también un nuncio de agonía para el gran amor de Juan.

La señora Middleton, desde el amanecer, tra-

jinaba preparándolo todo para la partida de María, que ya no había de volver. Partirían para la capilla, en donde encontrarían a Guillermo y de allí, ya casada, se iría con su esposo a la casa de él. Volverían solos, ella y su hijo. El cual, ya vestido convenientemente para la ceremonia, andaba por la casa como una sombra. Su madre le llamó y le dijo:

—Juan, vé y prepara el cofre de María.

Fué nuestro protagonista a cumplir lo que su madre le ordenaba. Y cuando estaba cerrando el cofre, ya lleno de las ropas de la mujer por la que habría dado gustoso la vida, ella, que estaba en la estancia vecina, ya vestida, le llamó y le dijo:

—Juan, ayúdame. No puedo abrocharme mi vestido de novia.

Acudió Juan y empezó a abrochar la espalda del vestido, que era adonde María no alcanzaba.

La radiante alegría que inundaba el espíritu de la muchacha, era dolor inmenso, martirio interminable que oprimía el corazón de Juan, tan noblemente resignado en aquella terrible prueba que le había deparado su destino.

María estaba frente al espejo. Y como Juan estaba detrás de ella, no podía ella ver el dolor que se reflejaba en el rostro de aquel a quien sólo quería como hermano, mientras le abrochaba los botones de su vestido. Más de una vez, Juan tuvo que hacer grandes esfuerzos para no llorar.

Al fin, salieron de la casa. El carricoche ya les esperaba. Junto al árbol que se plantó el día de la llegada de María, Juan dijo, no pudiendo reprimir su admiración:

—¡Qué bella estás, María!

Ella le besó cordialmente.

El, entonces, triste otra vez, añadió:

—¿Ves el árbol que plantamos cuando tu llegada?

—Sí. ¡Qué hermoso está!

—¡Será preciso que lo corte! ¡Creció demasiado y ha echado muy hondas raíces!

Rió María y volvió a besar a Juan; después salió corriendo y montó en el carruaje, donde ya esperaba la señora Middleton. Juan la siguió y tomó las bridas de los caballos. Y emprendieron la marcha: María en pos de la felicidad; Juan hacia el más grande sacrificio.

Poco después, ya en la capilla, llena por completo de amigos, vecinos y conocidos de ambos novios, o mejor, de las familias de los novios, el pastor, teniendo a María y a Guillermo ante él, y a ambos lados a los testigos, dijo, con voz reposada y segura:

—Os mandamos a todos, bajo pena de pecado grave, declarar ahora si tenéis noticia de algún impedimento, en virtud del cual, este matrimonio no pueda celebrarse.

Nadie habló. Hubo una larga pausa. Cuando ya lo creyó prudente, el pastor demandó:

—¿El testigo de la novia?

—Soy yo... su... hermano... —contestó Juan, con voz apenas perceptible.

Firmaron los testigos. Leyó el pastor la epístola de San Pablo. Y, cuando Guillermo fué a colocar a su María la sortija de casada, Juan, que ya no podía soportar sus terribles sufrimientos, salió de la capilla por una puerta lateral que daba al campo. Y allí, se arrojó al suelo y comenzó a llorar el dolor de su corazón destrozado, deshecho, roto a pedazos por el destino.

Cuando hubo desahogado, siquiera fuese sólo de momento, su gran pena, volvió a entrar en la

capilla, procurando aparecer sereno. Hubo, antes de entrar, que sacudir su pantalón, sucio de tierra, sobre la que había estado arrodillado.

Cuando entró, la ceremonia había terminado. Todos los presentes desfilaron ante los novios, felicitándoles. Luego, salieron de la capilla, para, en la puerta, despedirles. La señora Middleton salió también, abrazada a María. El pastor abandonó también su sitio para salir del brazo de Guillermo, al que daba consejos.

Juan, con la mirada perdida en la capilla, en el Cristo, en los novios, en su madre, en los amigos, vecinos y conocidos, les vió salir a todos. Oyó cómo partían los coches. Y cuando llegó a sus oídos el ruido, ya conocido, de las campanillas del carruaje de Guillermo, se llevó las manos a la cabeza, como si se sintiera enloquecer y, dándose cuenta de que estaba solo en la capilla, se dirigió al Cristo y dijo en voz alta:

—¡Buen Dios! ¡Era la muchacha que yo amaba! ¡Se va! ¡Mi corazón ha quedado deshecho, como un campo de trigo después de un tormenta! ¡Concédele a ella—para mí ya no pido nada—la gracia de que sea muy feliz!

Y cayó sobre un banco, como un árbol herido por un rayo. Los sollozos, estremecidos, atropellados, subían a su garganta. Lloró así durante mucho tiempo.

FIN

Nueva Colección de Postales-retratos

DE

ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

(FOTOGRAFÍAS)

AGNES AIRES	PAULINA FREDERICK
ARBuckle ROSCOE (Fatty)	ELIONOR FAIR
MARY ANDERSON	ELSIE FERGUSON
ART ACORD	ALEC B. FRANCIS
ITALIA ALMIRANTE MANCINI	MAUDE GEORGE
FRANCESCA BERTINI	JACQUELINE GODSON
ALICE BRADY	EDUARDO (Hoot) GIBSON
ENNID BENNET	CLARA HORTON
CONSTANCE BINEY	LILLIAN HALL
RICHAR BARTELMES	CAROL HOLLOWAY
GEORGES BISCOT	SESSUE HAYAKAWA
ARMAND BERNAT	WALTER HIERS
MARGARITA CLARCK	HELEN HOLMES
JAWEL CARMEN	WILLIAM S. HART
HARRY CAREY (Cayena)	CHARLES HUTCHINSON
GRACE CUNARD (Lucille Howe)	WANDA HAWLEY
JUNE CAPRICE	GARET HUGES
JANE COLW	JACK HOXIE
ALBERTO CAPOZZI	EDITH JOHNSON
NARCYA CAPRI	ALICE JOYCE
IRENE CASTLE	LEATRICE JOY
CHARLES CHAPLIN (Charlot)	ROMOUALT JOUBE
CHARLES CHAPLIN (Charlot), pai-	MARIA JACOBINI
sano	MADGE KENNEDY
LON CHANEY	BUSTER KEATON (Pamplinas)
ELENA CHADWICH	DORIS KENYON
LUCY DORAINÉ	MOLLIE KING
BEBE DANIELS (Ella)	JAMES KIRKWOOD
DOROTHY DALTON	TILDE KASSAY
HELENA DARLY	NORMAN KERRY
VIOLA DANA	DIANA KARRENE
KATERINE MAC DONALD	NATALIA KOWANE0
WILLIAM DUNCAN	CLARA KIMBALL
CAROL DEMSTER	LOISE LOVELY
RACHEL DAVYRIS	BERT LITELL
PRISCILLA DEAN	ELMO K. LINCOLN
REGINALD DEMI	BESSIE LOVE
WILLIE DOVE	DOUGLAS MAC LEAN
XENIA DESNI	VITORIA LEPANTO
WILLIAM DESMOND	MITCHEL LEWIS
MIS DU-PON	HAROLD LLOYD (El)
MAXIME ELLIOT	MARGARET LIVINGSTONE
MARGARITE FISHER	LUISA LORRAINE
FRANCIS FORD (Conde Hugo)	ANNA LITTLE
WILLIAM FARNUM	LAURA LA-PLANTE
FRANKLIN FARNUM	MAX LINDER
DOUGLAS FAIRBANKS	MAE MURRAY
GERALDINA FARRAR	BLANCHE MONTEL

MARGARET MARSH
 MARY MILES MINTER
 MAE MARSH
 GASTON MITCHEL
 SHIRLEY MASON
 TOM MIX
 M. MATHE
 TOM MOORE
 JACK MULHALL
 LYA MARA
 ANTONIO MORENO
 THOMAS MEIGHAM
 GINETE MADDIE
 MACISTE
 SANDRA MILONAVOFF
 CHARLES MACK
 FRANK MAYO
 POLA NEGRI
 ALLA NAZIMOVA
 RENEE NAVARRE
 MABEL NORMAND
 ANA Q. NILSON
 SENA OWEN
 MARIA OSBORNE
 LIVIO PAVANELLI
 DORIS PAWN
 EILEN PERCY
 JACK PICKFORD
 EDDIE POLO
 BABY PAGE
 MARY PICKFORD
 MARY PHILBIN
 MARIE PREVOST
 JEAN PAGE
 ENNY PORTEN

PRINCE (Salustiano)
 HOUSE PETERS
 WILL ROGERS
 WILLIAM RUSSELL
 WALLACE REID
 CAMILO DE RISO
 HEBERT RAWLINSON
 RUTH ROLAND
 CHARLES RAY
 JOE RYAN
 FRITZI RETGEWAY
 MARCELLE ROLLET
 M. RINSCKI
 PATSI RUTH MILLER
 PAULINE STARK
 GUSTAVO SERENA
 LARRY SEMON
 GLORIA SWANSON
 ANITA STEWAR
 CLARISE SELWYENE
 MADLAINE TRAVERSE
 OLIVE THOMAS
 NORMA TALMADGE
 CONSTANCE TALMADGE
 ALICE TERRY
 VERA VERGANI
 VIRGINIA VALLI
 RODOLFO VALENTINO
 FANNIE WARD
 PEARL WHITE
 GEORGE WALSH
 MARIE WALCAMP
 BEN WILSON
 GLADIS WALTON

20 CÉNTIMOS EJEMPLAR

Diez por ciento descuento tomando toda la colección.

Pedidos acompañados de su importe en sellos o por Giro Postal a **Publicaciones Mundial**.—Apartado 925, Barcelona.



Tif. COSTA.—BARCELONA

FIGURINES DE MODAS

Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes:

Album de Bal	Anual	10'—	pts.
Blouses Artistiques	Temporada	5'—	»
Blouse Ideal.	»	2'50	»
Chapeaux Modernes	4 veces año	3'50	»
Ideal Parisiën	Mensual	3'—	»
Joie des Modes de Paris. .	Temporada	4'—	»
Mateaux et Costumes de			
Promenade.	»	3'—	»
Mode de Paris	»	3'—	»
Mode Nationale.	Mensual	1'25	»
New Ladies Fashions. . . .	10 veces año	6'—	»
Patrons Favoris Dames . .	Temporada	3'—	»
Patrons Favoris Ceremonies	»	5'—	»
Patrons Favoris Blouses. .	»	5'—	»
Patrons Favoris Enfants. .	»	3'—	»
Patrons Favoris Lingerie .	»	5'—	»
Patrons Favoris Gentlemens			
Fashions	»	5'—	»
Patrons Favoris Tailleur. .	»	5'—	»
Patrons Favoris Travestis .	Anual	5'—	»
Paris Chic	Mensual	5'—	»
Toilettes d'enfants. . . .	Temporada	2'50	»
Toilettes Modernes. . . .	»	2'25	»
Ultima elegancia	»	1'25	»
Tres chic	»	4'—	»

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero. — Descuentos convencionales a los señores corresponsales y libreros.

Pedidos acompañando su importe a **Publicaciones Mundial**, **Barbará**, 15. Apartado 925 — Barcelona